

## TEMA 8. LA NATIVIDAD Y LA EUCARISTÍA

Desnudo, pobre, aterido de frío y llorando, nace el Hijo de Dios vivo, hecho hombre, en el pesebre de Belén.

Desnudo nació, y así se encuentra en el altar y en la custodia humilde y otras veces desprovisto de paños limpios y dignos.

Pobre se halla en el sagrario, y solo está con sus ángeles la mayor parte de tiempo, sobre todo en las iglesias de poco culto. Frío se muestra el hombre con el Dios eucarístico, llorando místicamente en el sagrario por nuestros pecados y ofensas infinitas que le produjeron al Dios de bondad.

Razón hay para llorar lo poco que se aprecia el inefable favor de la presencia eucarística, y la ingratitud que le está demostrando el hombre culpable con su modo de obrar.

Algunas, muy pocas personas adoran y veneran al SEÑOR SACRAMENTADO. Jesús puede exclamar desde la Hostia consagrada: ¿Qué utilidad he sacado de mi sangre derramada? “Apareció en la tierra la gracia de Dios nuestro Salvador a todos los hombres; enseñándonos que, renegando de la impiedad y de los humanos deseos, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y venida gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”.

Ejercítese el cristiano en estas consideraciones, antes y después de comulgar, y sacará de ellas grandes ventajas para su espíritu y sobre todo, el firme propósito de no ofender a un Dios tan bueno y tan amante.

Sólo para dar pie a esta serie de reflexiones y para que nuestros adoradores las hagan por sí mismo y las completen en la presencia de Jesús Sacramentado, nos hemos atrevido a iniciarlas, como muestra de las analogías tiernas y misteriosas, que existen entre el nacimiento del Salvador del mundo y la segunda encarnación, si vale la frase, que se realiza en la Hostia a la voz del sacerdote.

(L. S. Tomo IV (1873) Pág. 8)